

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 7: BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
2. Introducción general a las bienaventuranzas
3. Bienaventurados los pobres en espíritu
4. Bienaventurados los que lloran
5. Bienaventurados los mansos
6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia
- 7. Bienaventurados los misericordiosos**
8. Bienaventurados los de limpio corazón
9. Bienaventurados los pacificadores
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

7 LECCIÓN

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 7:

Queridos amigos, bienvenidos a nuestro siguiente estudio de las bienaventuranzas, tal como nos las da nuestro Señor Jesucristo en Mateo 5 versículos 3 al 12. Hoy consideraremos la quinta bienaventuranza: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Que todos seamos como María, sentados a los pies de Jesús, para oír lo que Él tiene que decirnos en esta bienaventuranza.

Al final del Sermón del Monte, Jesús declaró una verdad simple pero muy efectiva, con la cual quiero comenzar. Él dice más adelante, en el capítulo 7, que «por sus frutos los conoceréis». Ahora bien, eso no solo es cierto respecto a los árboles, sino también acerca de la gente en general y de los creyentes en el reino de Jesucristo. Cómo actúas, tanto en público, pero sobre todo en privado, revela quién eres realmente. Santiago, construyendo sobre este principio de Jesucristo, lo aplica también a la fe en Santiago 2 versículo 17. Allí escribe: «Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma». Así que, una vez más: por sus frutos los conoceréis.

¿Por qué comienzo el estudio de la quinta bienaventuranza llamando tu atención al fruto de la fe? Es porque en la quinta bienaventuranza, el Señor Jesús cambia un poco su enfoque en la descripción del nuevo hombre, el hombre de su reino. En las primeras cuatro —los pobres en espíritu, los que lloran, los mansos, y también en cierto modo los que tienen hambre y sed— Jesús destaca los ejercicios internos y las actitudes del corazón. Como dije anteriormente, pretender ser cristiano sin encontrar estas realidades experienciales en tu corazón es tan infundado como pretender ser músico simplemente porque posees un piano. Así que en las últimas tres bienaventuranzas, el Maestro dirige la atención a los frutos exteriores de la santidad.

Ahora bien, estos frutos exteriores, por supuesto, no deben ser separados de una raíz interior, de una actitud interna, pero ciertamente estas tres últimas tienen una dimensión mucho más externa. En otras palabras, porque una persona es misericordiosa, entonces actúa con misericordia. El corazón es misericordioso; por tanto, el fruto es la misericordia. Por eso es, por lo tanto, infundado pretender participar del ministerio del Espíritu Santo que renueva el corazón, cuando no hay una transformación de nuestro corazón que se desborde en nuestra conducta y en nuestro hablar: la evidencia de una vida de santidad.

Así que permíteme destacar, al inicio de esta lección, una doctrina fundamental de la obra de salvación en Jesucristo, y esa doctrina es la unión de Jesucristo con los creyentes. El Nuevo Testamento enfatiza la unión de ambos más de cien veces. Probablemente la imagen más clara y fácil de entender de esto es la vid con los pámpanos en Juan 15. Nacer de nuevo es como ser una rama muerta y estéril que es injertada en la vid viva, Jesucristo. Ese acto de Dios es el inicio de la nueva vida. Es un acto soberano. Es un acto de gracia de un Dios poderoso. Es algo sobre lo cual tenemos tan poco control como sobre nuestra propia concepción natural.

El fruto de esta unión con Cristo es que todos cambiamos, y ese cambio consiste en que, cada vez más, comenzamos a parecernos, a actuar, a hablar y, más profundamente aún, a pensar como Jesucristo. Tal vez, en esta conexión, pueda referirme a una historia de un misionero que leí el otro día. Se trata de un misionero que predicaba entre los pueblos nativos de África. Mientras este predicador predicaba acerca de Jesucristo, los nativos africanos respondieron emocionados diciendo: «¡Lo conocemos, lo conocemos!». Esto desconcertó al misionero. «¿Por qué lo conocen? ¿Cómo lo conocen?» Al preguntarles cómo sabían de Él, respondieron esto: «Mientras predicabas acerca de Jesucristo, recordamos al doctor que trabajó entre nosotros durante años. Su forma de ser coincidía mucho con la descripción que diste de Jesucristo».

¿Ves? Ese es el punto: la unión con Cristo nos transformará. Ahora bien, esa transformación no es algo instantáneo. Es un crecimiento gradual, que dura toda la vida, en el cual Jesucristo mismo, por medio de su Espíritu, perfeccionará su propia obra; porque cada creyente, cada persona bienaventurada —hombre o mujer, niño o niña— es hechura de Jesucristo; y lo que Él ha comenzado, lo perfeccionará.

Por eso la doxología en los últimos versículos de la epístola de Judas (vv. 24–25) es tan consoladora, que dice: «Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén». ¿Y por qué es eso tan consolador? Porque cada una de estas personas bienaventuradas, en su propia estimación —si se les pregunta— sienten que apenas han comenzado la vida y el caminar en santidad, o la semejanza a Cristo. Pero si hay un comienzo, ¿en qué consiste ese comienzo? Pues bien, las siguientes tres bienaventuranzas responden a esa pregunta, ya que Jesús ha escogido tres señales que identifican el inicio de la transformación de una vida.

Así que, en esta quinta bienaventuranza, enfocaremos nuestra atención de una manera un poco diferente a las anteriores: primero, en el corazón misericordioso; luego, en la mano misericordiosa; y finalmente, en la promesa hecha a los misericordiosos.

1. El corazón misericordioso

Entonces, primero, consideremos el corazón de la misericordia: «Bienaventurados los misericordiosos». En Lucas capítulo 6 versículo 36, Jesús se dirigió a sus discípulos con este mandamiento: «Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso». De modo que, lo que está implícito en esa declaración es que el Padre es misericordioso.

Ahora bien, la misericordia es una revelación del ser más íntimo de Dios, que es amor. Amigos, Dios es esencialmente amor. Él no solo es amoroso; Él es amor. Esa es su esencia, y esta gloria de Dios es un tema mayor en toda la Escritura. Los expertos bíblicos nos dicen que hay más de mil formas o énfasis diferentes de la palabra «amor» en las Escrituras, como por ejemplo amor, por supuesto, amoroso, misericordia, gracia, compasión, bondad y benignidad, todas son palabras relacionadas con este amor. Si prestas atención a las palabras de Jesús en Juan 14 versículo 17 —sus últimas palabras en la tierra—, usa la palabra «amor» treinta y tres veces en ese pasaje.

Así que, a medida que recorremos las páginas de las Escrituras, notamos cómo los autores bíblicos, inspirados por el Espíritu, añadieron los adjetivos más hermosos al adorable atributo del amor de Dios. Algunos de ellos son: grande, o pleno, o tierno, o abundante, o eterno, o inefable o infinito, todos para enfatizar esta gloria del amor de Dios.

Ahora bien, a menudo usamos las palabras «misericordia» y «gracia» como si fueran intercambiables, y eso no es correcto. Hay una distinción. Aunque ambas son manifestaciones del amor de Dios, misericordia y gracia no son exactamente lo mismo. Son iguales en cuanto a que tanto la gracia como la misericordia son completamente inmerecidas y sin mérito alguno de nuestra parte, pero también son diferentes. La gracia de Dios es su bondad hacia los culpables: gracia—culpables. Pero la misericordia de Dios es su bondad hacia los que son miserables o necesitados. Esa es la diferencia. Ambas son bondades, pero dirigidas a objetos distintos: uno es el culpable que recibe gracia, el otro es el miserable y necesitado que recibe misericordia.

Por lo tanto, la misericordia, en las Escrituras, se asocia con más frecuencia y de manera más adecuada con compasión, amabilidad, ternura y lástima. Por ejemplo, tomemos ese gran pasaje clave sobre el carácter de Dios en Éxodo 34 versículos 5 al 7. Es la respuesta que Dios le da a Moisés, quien le había suplicado: «Te ruego que me muestres tu gloria», Señor, déjame verte. Dios respondió a esa petición, no con una visión, sino con algo que Moisés oyó. Le dio un sermón sobre su propio nombre. Ahora fíjense qué es lo primero en esta gloriosa descripción de la gloria de Dios con sus propias palabras. Dios comenzó su sermón con el atributo de la misericordia. Estas son las palabras de Éxodo, dice: «Y pasando Jehová por delante de él [de Moisés], proclamó: ¡Jehová! [El Señor] ¡Jehová! [Dios] fuerte, misericordioso [el primero], y piadoso»; y luego continúa con todos los demás gloriosos atributos de sí mismo, ejemplificando su misericordia, su santidad.

Caminemos por un momento junto a Jesús en las últimas semanas de su vida y en su camino hacia la cruz. Notemos su énfasis en la misericordia, en la compasión cuando ve la miseria, cuando ve a los necesitados que lo rodean. Lo primero que manifiesta de esa misericordia es cuando ve la ciudad de Jerusalén. Comienza a llorar, lloró al ver la ciudad que pronto sufriría una profunda miseria. El Salvador se conmueve con compasión. Luego, en el camino a la cruz, mientras carga la cruz, ve a las mujeres llorando, llorando por Él, y se detiene, y les dice: «No lloreis por mí, sino llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos». Está movido por la compasión hacia otros.

Y cuando finalmente lo clavan en la cruz y lo levantan en esa cruz dolorosa, escuchen su misericordia cuando ora: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Así era su misericordia, su compasión, su amabilidad; y no dejes de notar que en todos estos casos, Él se conmueve con compasión o misericordia hacia personas que eran hostiles, o personas que lo estaban hiriendo, o que se estaban hiriendo a sí mismas. Todo esto nos lleva a una conclusión. Como dice Thomas Watson en algún lugar de sus escritos: «La misericordia es el atributo preferido de Dios», o el atributo más cercano a su corazón.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando somos unidos a Jesucristo en el acto de ser injertados como ramas en la vid, o en la regeneración? ¿Qué ocurre? El Espíritu de Dios comienza a habitar en nosotros. Como fruto de eso, llegamos a ser participantes de la naturaleza divina. Comenzamos a mostrar una semejanza con nuestro Padre celestial, quien tiene compasión y misericordia en su corazón, y ahora nosotros tendremos eso en nuestro corazón.

Amigos, la gracia salvadora siempre es transformadora, transforma nuestro carácter. Nos llenará de una ternura misericordiosa y compasiva hacia otros; eso es lo visible, lo sensible, el lado palpable de la salvación. Ese es el corazón de misericordia.

2. *La mano misericordiosa*

Veamos ahora la mano de la misericordia. Jesús dice: «Bienaventurados los misericordiosos». No solo está llamando la atención al corazón misericordioso. Aquí está hablando del acto o la mano de la misericordia. «Bienaventurados los [que son] misericordiosos», los que comienzan a manifestar esta misericordia en su andar, en su hablar, en su vida diaria en relación con los demás.

Ahora bien, entre más reflexionas sobre cómo Dios descendió hasta nuestra condición miserable y necesitada; [entre] más meditamos en cómo no escatimó ni a su Hijo, sino que lo entregó a la increíble e inconmensurable muerte de cruz, para abrir el camino y así mostrar y ejercer su misericordia hacia nosotros; mientras más pensamos en cómo Él te dio el don de la fe en su provisión de justicia, más te harás esta pregunta: «Señor, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo darte a cambio? ¿Qué podré yo rendirte por tantos beneficios que me has mostrado? ¿Qué puedo hacer por ti?»

Y la respuesta de Dios encaja exactamente con el diseño interior que brilla dentro de nosotros. Él dice: «Sed misericordiosos». No solamente en el corazón, teniendo estos sentimientos de compasión, sino también con la mano, en la acción, en las obras, como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso.

Usemos solo unos pocos ejemplos de esta bienaventuranza misericordiosa o compasiva en acción, y así verás por qué una persona así es una persona bienaventurada. Pienso nuevamente en Moisés, el gran líder de los israelitas a través del desierto. Él fue movido a compasión en Éxodo 32 versículo 31. El contexto de ese momento es increíble. Israel hizo algo. ¿Qué fue lo que hicieron? Cometieron adulterio en su luna de miel. Los ecos del Sinaí apenas se habían apagado, y ya estaban danzando alrededor de un becerro de oro, sustituyendo con eso al Dios que les había hablado y los había sacado de Egipto. Entendiblemente, Dios está airado. Dios le dice a Moisés: «Moisés, estoy listo para borrar a este pueblo de la faz de la tierra». En lugar de que Moisés dijera: «Bien, Señor, estoy de acuerdo», Moisés cae de rodillas, aunque está indignado con el pueblo por lo que han hecho, pero ofrece esta asombrosa súplica a Dios. Aquí está: «Oh,

Señor» —él dice— «este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro». Sin embargo, te pido «Que perdones ahora su pecado»; y luego él se detiene [y continúa:] «si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito». Eso es un ejemplo impactante de misericordia. Moisés fue conmovido por el futuro desastroso de Israel, y está dispuesto a soportar cualquier cosa con tal de que ese pueblo sea perdonado. «Bienaventurados los misericordiosos».

Permíteme darte otro ejemplo en el ministerio de Jesús sobre la mano de la misericordia, el cual se encuentra en Lucas 10. Jesús está tratando con un intérprete de la ley que buscaba autojustificarse, quien finalmente le hace una pregunta, con el fin de justificarse a sí mismo: «¿Y quién es mi prójimo?» Esa es la pregunta. Tú mismo puedes leerla en Lucas 10. Entonces Jesús presenta la parábola del buen samaritano. Él dirige la atención a uno de los vecinos más despreciados por los judíos: los samaritanos. En esta historia, hace que el sacerdote y el levita — los líderes religiosos— pasen de largo ante un viajero herido que está muriendo por sus heridas. Hace que el buen samaritano se detenga, arriesgue su vida, sacrifique su tiempo y su dinero para mostrar misericordia a un desconocido. Eso es misericordia.

El último ejemplo de misericordia es el diácono Esteban. Mientras era apedreado hasta la muerte por la hostilidad de los judíos, él rogó a Dios: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (Hechos 7:60). Aunque su ropa mostraba cada vez más las manchas de sangre de las piedras que le lanzaban, su actitud del corazón era cada vez más misericordiosa mientras moría. Eso es ser misericordioso.

Jesús dice: «Bienaventurados los misericordiosos». Estas personas son las que desean compartir el evangelio con su familia y amigos, con sus vecinos, con sus compañeros de trabajo. ¿Por qué? Porque ellos han experimentado la misericordia de Dios en sus propias vidas arruinadas, y quieren compartirla. Y, ¿por qué hace esto el misericordioso? ¿Por qué desea compartir con otros lo que ha experimentado? Dejaré que Thomas Watson nos responda, como tan hermosamente comenta: «La salvación de Dios engendró ternura en nosotros, y tal como derrite el corazón en un arrepentimiento piadoso hacia Dios, así también derrite el corazón despiadado y egoísta en sentimientos y deseos de compasión hacia otros».

Por lo tanto, es en vano pretender ser cristiano, ser un hombre o una mujer bienaventurados, pertenecer a Jesucristo, cuando no hay compasión por aquellos que viven una vida miserable de pobreza e injusticia. Si podemos pasarlos de largo como lo hicieron el levita y el sacerdote, entonces no conocemos a Dios. Juan escribió en 1 Juan 3 versículo 17 esta prueba infalible de espiritualidad: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?»

3. La promesa de misericordia

Y entonces, en tercer lugar, veamos la promesa de misericordia: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». De ninguna manera está enseñando el Señor Jesús aquí que la salvación se base, aunque sea en parte, en mostrar misericordia a otros, como si por ser misericordioso por lo tanto obtendrás misericordia. Esa forma de pensar contradeciría por completo todo el mensaje del evangelio de la gracia.

Escucha lo que dice Efesios capítulo 2 versículo 8, donde Pablo dice: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios»; no solo la fe, sino

también la gracia de la salvación, todo es un don de Dios, nada es merecido. Así que incluso nuestras mejores obras de misericordia, si Dios las examinara bajo los estándares de su perfección, no serían perfectas. No están libres de motivaciones pecaminosas ni de reflexiones orgullosas. Por tanto, de acuerdo con el estándar santo de Dios, aun nuestras mejores misericordias se quedan cortas, y por tanto nunca pueden ser la base para obtener misericordia o gracia. Eso contradeciría el mensaje entero del evangelio.

Lo que el Señor Jesús está enseñando es un hermoso principio del reino de Dios. Es el principio que está expresado en el Salmo 19, que «en guardarlos [sus mandamientos] hay grande galardón». Jesús promete que aquellos que actúan con misericordia en amor incondicional, o en amor sacrificial, o en amor que no juzga, alcanzarán misericordia. Ese es el principio bíblico básico: lo que siembras, eso mismo cosecharás.

Por ejemplo, en Proverbios 11 versículo 25: «El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado». En 2 de Corintios 9 versículo 6 también enfatiza este principio: lo que sembramos, cosechamos. Pablo escribe allí: «Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará». Una vez más, en Gálatas 6 versículo 7 y 8, Pablo escribe a los gálatas: «No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne —en interés de sí mismo y de su propia vida—, de la carne segará corrupción; más el que siembra para el Espíritu —enfocado espiritualmente en servir y amar con devoción—, del Espíritu segará vida eterna».

Amigos, todos podemos ver esa conexión. Si yo no soy misericordioso, ¿qué cosecho? Cosecho distancia, cosecho frialdad, cosecho amargura. Pero si soy misericordioso, y siembro eso en mi obrar, cosecharé gozo y paz, armonía y cercanía. Ve cómo son «bienaventurados los misericordiosos», en ese sentido: al sembrar misericordia, reciben el fruto de la misericordia. «Alcanzarán misericordia», y no solo en nuestra relación con los demás, sino que también alcanzarán misericordia en un andar y comunión más cercana con Dios, porque en el guardar los mandamientos de Dios hay un galardón sobremanera grande.

Uno de los más grandes de esos galardones es la presencia y el consuelo del Espíritu Santo, que vive y manifiesta la gloria de Dios a nosotros. Nuevamente, si puedo citar a Thomas Watson, él dice: «Se te pagará de más con sobreabundancia; por una cuña de oro que entregaste, recibirás un peso de gloria». Él dice: «Por una copa de agua fría, recibirás los ríos de los deleites de Dios, que corren a su diestra para siempre».

Y podrías preguntar, ¿por qué entonces Jesús no dijo que «serían recompensados» con misericordia? En cambio, Él dice: «alcanzarán misericordia». No usa la palabra «recompensa» en esta bienaventuranza. Eso es para asegurar y consolar a su pueblo con la gracia que hay en la promesa. Cuando su pueblo considera sus propias obras de misericordia, ven sus fallas, ven sus propias deficiencias, porque ¿quién puede mostrar misericordia en perfección? ¿Quién puede ser totalmente genuino y puro? ¿Quién puede estar totalmente centrado en Dios al ejercer la misericordia? Por eso, para consolar también a sus seguidores, a sus discípulos, que aunque se enfrentan a sus propias imperfecciones en todo lo que hacen en el ejercicio de la misericordia, Jesús les asegura: «Bienaventurados los misericordiosos —aunque no sea perfecto— porque ellos alcanzarán misericordia».

Por eso el gran puritano Thomas Watson, a quien he citado varias veces en esta lección, tiene tanta razón cuando dijo: «Aquellos que se consideran indignos de las misericordias más

pequeñas son los mejor preparados para recibir las más grandes». «Bienaventurados los misericordiosos».

Conclusión

Que Dios bendiga estas enseñanzas y nos consuele con su amor lleno de gracia. Muchas gracias.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la sexta bienaventuranza: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios».